

Camino a la escuela

Autora: Lucía Valverde Liberman

Al principio creí que me había equivocado de camino. No tenía mucho sentido, porque todos los días voy de la casa a la escuela recorriendo las mismas calles; pero, si no era eso lo que había pasado, ¿cómo explicar que me encontrara de pronto en medio de un lote vacío? Nada: ni aceras, ni calles. Como una finca sin animales, sin cultivos, sin árboles.... Una inmensa alfombra de zacate cubría todo el piso.

Decidí entonces dar media vuelta, para volver a encontrar el camino. Regresar hasta una calle conocida y listo, ¡asunto arreglado! Pero no. Cuando me di vuelta, comprobé que detrás mío también había desaparecido todo: solo había zacate verde, parejito, como recién cortado; ni una sombra para sentarse a descansar o a pensar o a llorar, que fue lo primero que se me ocurrió hacer.

Y es que, aunque yo trato de ser valiente, sobre todo en público, tenía miedo. Además estaba sola, o sea que nadie me iba a ver llorando. Eso, en vez de aliviarme, me asustaba más y hacía que mis lágrimas salieran disparadas como de una manguera y eso, por supuesto, hacía que el zacate creciera. Por las dudas me calmé, pero de todas maneras ya estaba atrapada. Tenía que haber una manera de salir porque si no mi vida iba a ser para siempre igual: aburrida, solitaria y, sobre todo, verde, verde, verde...

Pensé en un chocolate a medio comer que había dejado en el escritorio y sentí hambre. En mi mamá y en mis amigas y sentí que, de nuevo, me iba a poner a llorar. En mi mascota y tuve una idea: ¡tenía que salir de allí cavando!

Me senté sobre el zacate y, como en la playa, aunque no tuviera pala, me puse a hacer un hueco. Primero arranqué las raíces y luego metí las manos en la tierra, que estaba calentita y suave. Se



me metió debajo de las uñas pero no me hacía daño. Tampoco avanzaba demasiado. Después de una hora alcanzaba apenas a meter hasta las rodillas y estaba muy cansada.

Entonces vino a ayudarme un montón de insectos que normalmente me dan como cosa: lombrices, escarabajos y otros más. Todos eran muy amistosos aunque no hablaban. No me picaban y avanzaban mucho más rápido que yo en el hueco.

Decidí aprovechar que ellos estaban trabajando, para dormir una siesta. Además, pensé que a lo mejor todo lo que me pasaba era un sueño y, si intentaba dormir, más bien me despertaría y volvería a la normalidad. Pero no. Soñé con un unicornio y unos delfines zombies y una torre de caramelo y otras cosas muy chivas, pero cuando me desperté todavía estaba en el mismo lugar.

Por suerte, los insectos habían avanzado un montón. De hecho ya al hueco no se le veía el final. Les di las gracias y metí un pie, luego el otro y me deslicé como por un tobogán. ¡Iba rapidísimo! Al principio todo se veía café y como sucio por la tierra, pero luego fue como si me metiera en el medio de una explosión de fuegos artificiales. Miles de luces de colores brillaban a mi alrededor porque había llegado al centro del planeta.

Luego todo se puso otra vez café, y al final tuve que pegar una patada con todas mis fuerzas y le abrí un hueco a la tierra desde adentro, igualito al que el jardinero de la escuela había hecho para plantar los árboles de enfrente. De hecho: ¡estaba frente a la escuela!

Mi uniforme estaba todo sucio y yo también, pero mi problema se había solucionado. Solo faltaba tocar el timbre e ir hasta el aula.

Cuando al fin llegué, le conté a la maestra toda esta historia..., pero no me creyó. Me puso una tardía. Lo bueno es que lo que teníamos que hacer ese día era escribir un cuento fantástico y yo, con lo que había vivido, no tuve que inventar nada.

El autor fue ganador del certamen nacional de escritura de Costa Rica: Mi CuentoFantástico. La versión ilustrada se encuentra en la Antología 2012, en:

<https://micuentofantastico.cr/wp-content/uploads/2017/06/Antologia-2012.pdf>

Quedan reservados todos los derechos de autor por la Asociación Amigos del Aprendizaje, ADA. Se prohíbe su uso comercial, su venta, o su uso por sitios web sin el permiso previo y por escrito de ADA.

